

DE LOS TAIRONAS A LOS KOGI: Una interpretación del cambio cultural

AUGUSTO OYUELA CAYCEDO

Antropólogo

El tiempo presente y el tiempo pasado están quizá presentes los dos en el tiempo futuro y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado. Si todo tiempo es eternamente presente todo tiempo es irredimible.

T. S. ELIOT (1888-1965). Cuatro cuartetos

(1) La primera crónica es la de Petrus Martyr ab Angleria (Pedro Mártir de Angleria), *De rebús oceanicis et novo orbe* (1516).

(2) E. Restrepo Tirado, "Nueva Salamanca de la Ramada" (1578), en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, vol. XXX, núm. 347/8, 1943, págs. 859-862.

(3) El cronista y obispo Lucas Fernández de Piedrahíta introdujo el término de *nación tairona* en 1688. "Noticia histórica de las conquistas del Nuevo Reino de Granada", Bogotá, Ediciones de la Revista Ximenes de Quesada, 1973.

Al norte de Colombia se encuentra la Sierra Nevada de Santa Marta, en cuyas partes altas habitan los coguis, ijcas y sancás. Estos tres grupos indígenas continúan hoy día enfrentándose a serios problemas de invasión de su territorio y a procesos integracionistas que atentan contra su identidad cultural. Ya no se trata de los conquistadores que golpeaban con la espada y la cruz, sino de nosotros, al mantener una actitud etnocida bajo la falsa justificación de creer en un único camino hacia el "desarrollo". Para comprender el presente de las comunidades indígenas de la Sierra Nevada es necesario conocer esa historia olvidada, parcialmente recuperable gracias a la arqueología y la etnohistoria.

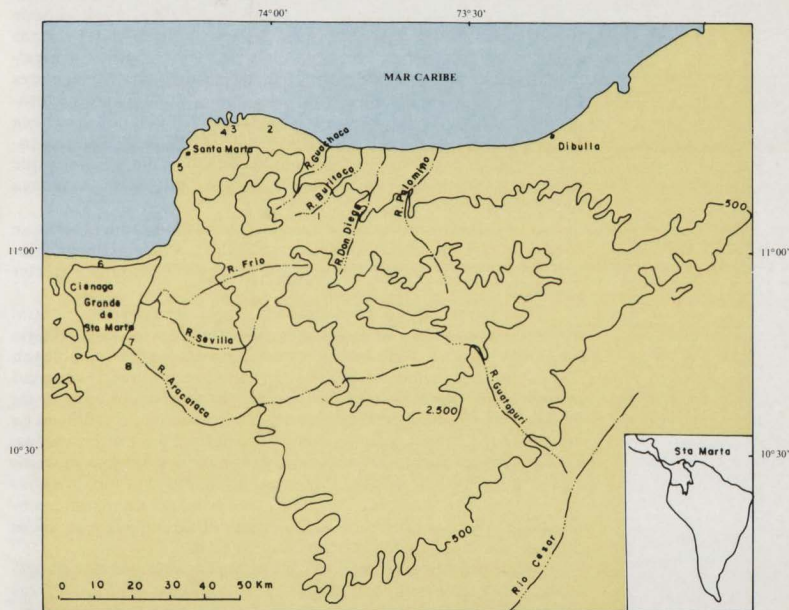
Las primeras crónicas españolas ⁽¹⁾ mencionan la existencia de "provincias", pero no es claro a qué correspondían estas divisiones territoriales. Citan así las provincias de Posigüeica, Carbón, Betoma, Arhuaca, Macongana, Orejones, Tairona y Taironaca. Además dicen que hablaban dialectos diferentes entre sí y que existía una lengua franca que llamaban atanques ⁽²⁾. Las diferencias que pudieron existir entre los grupos indígenas de la Sierra, la historiografía las fue olvidando y se generalizó el término de una provincia —Tairona— para agrupar en ella a todas las demás. La arqueología continuó con el uso del término *tairona* ⁽³⁾ para designar un complejo arqueológico homogéneo en su distribución espacial en las vertientes norte y occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta. Sin embargo, el concepto de un "área tairona" no es más que un supuesto de investigación, puesto que en el estado actual de las investigaciones no se tienen claros los límites de una homogeneidad cultural en el espacio, ni tampoco en el tiempo. Esto se debe a que el conocimiento arqueológico con que se cuenta se restringe a los resultados de algunas excavaciones en pocos asentamientos y a la prospección arqueológica de algunas zonas de la

Sierra. Por lo tanto, al agrupar y generalizar períodos culturales para un "área tairona", no estamos sino elaborando un modelo evolutivo para dos regiones conocidas, que son el litoral del actual parque nacional natural Tairona y el valle del río Buritaca. Por el momento he diferenciado, de manera preliminar, tres períodos correspondientes a estas dos regiones, teniendo en cuenta, por supuesto, su desarrollo regional diferencial (4). Estos son:

(4) A. Oyuela Caycedo, "Implicaciones de las secuencias locales y regionales en aspectos culturales de los Tairona", ponencia presentada en el 45o. Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá, 1985.

- Período temprano o integracionista (fases I y II).
- Período medio o clásico.
- Período tardío o conquista.

SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA



SITIOS ARQUEOLOGICOS

- | | | | |
|-------------------|--------------|------------|------------------|
| 1. Ciudad Perdida | 3. Cinto | 5. Mamoron | 7. Loma de López |
| 2. Pueblito | 4. Nahuangué | 6. Cangaru | 8. Mina de oro |

Período integracionista

Situado temporalmente entre el siglo II y comienzos del IX d. C. Se caracteriza por poseer una organización tribal, que en un comienzo presentaba gran variación dentro de sí, tal vez a causa de los diversos grados de influencia, de contacto, o de ambos a la vez, con grupos culturales vecinos de las regiones de Ranchería (Guajira), bajo Magdalena y sureste de la Ciénaga Grande ⁽⁵⁾. Generalmente ocupaban las zonas planas del litoral que, además de estar dotadas de suelos aluviales aptos para la agricultura del maíz y la yuca, brindaban acceso a los recursos marinos y la caza menor.

Se tienen testimonios de asentamientos tempranos consistentes en varias viviendas, algunas edificadas sobre montículos en las tierras bajas del río Gaira, ensenadas de Nahuange y Cinto, desembocadura del río Buritaca. La cultura material conocida en el período temprano consiste en hachas trapezoidales, piedras de moler (metates), volantes de huso, perforadores de hueso, pesas de pesca, algunas hasta de cinco libras, artefactos que no difieren sustancialmente de los del período clásico. Los únicos objetos que posteriormente no se vuelven a encontrar en el registro arqueológico, son cierto tipo de afiladores hechos de roca arenisca. La cerámica se caracteriza por formas ovoides y copas grandes con decoración sigmoidea o dactilar en los bordes; generalmente las bases son abulbadas, con grandes perforaciones triangulares y ovaladas, algunas veces decoradas con incisiones. Esta es una cerámica de color carmelita, muy fina cuando se trata de las copas de boca amplia, o burda en otras vasijas de uso culinario. Con menos frecuencia hay vasijas de color rojo y negro aplicado sobre rojo, cerámica que posteriormente se constituirá en los clásicos tipos de la "cerámica tairona" del litoral ⁽⁶⁾.

De acuerdo con la ubicación espacial del sitio arqueológico, se encuentra cerámica de las zonas culturales vecinas, siempre con carácter intruso, lo cual nos indica contactos, probablemente de carácter comercial.

Los primeros indicios de una integración territorial y cultural que se han encontrado datan aproximadamente de principios del siglo VI, cuando según los testimonios arqueológicos, se operan cambios en las comunidades tribales del litoral. Hay un incremento en la variedad de formas de enterramiento y en las ofrendas asociadas a ellas. Se da un paso importante con la iniciación de construcciones megalíticas en las aldeas (basamentos de viviendas o templos, caminos, canales, canalización de quebradas, escaleras) y se empieza a dar una jerarquización en los asentamientos, observable en cuanto al grado de elaboración de éstos ⁽⁷⁾. Además, se encuentran bastones de mando, pendientes alados, campanas y hachas monolíticas tallados en rocas duras, como componentes de carácter ceremonial.

En la orfebrería se produce un cambio en la técnica de elaboración: de las placas laminares martilladas y repujadas se pasa a figuras tridimensionales muy elaboradas, hechas mediante la técnica compleja de la "cera perdida con núcleo de carbón" ⁽⁸⁾. Las representaciones, antes sencillas, de aves o de individuos transportando a un cacique

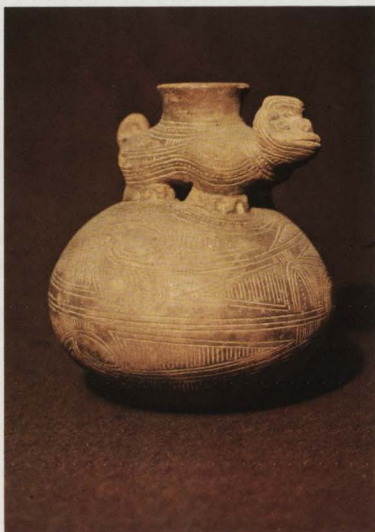
(5) En la Guajira se desarrolló el llamado "Primer horizonte pintado" con las fases La Loma y El Horno (siglos V a. C.-VII d. C.). El bajo Magdalena con la tradición Malambo (siglos XI a. C.-VIII d. C.), y sureste con Mina de Oro (siglos I-X d. C.).

(6) A. Oyuela Caycedo, "Las fases arqueológicas de las ensenadas de Nahuange y Cinto", tesis de grado, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas, Banco de la República-Uniandes, febrero de 1985.

(7) Un ejemplo es el asentamiento de Mamorón, situado en cercanías de la actual población de Gaira.

(8) Véase William C. Root, "Pre-columbian Metalwork of Colombia and its Neighbors", en S. K. Lothrop y otros, *Essays in Pre-columbian Art and Archaeology*, Cambridge, Mass. 1961, págs. 242-57.

poco adornado, en una hamaca o en un asiento rodeado por aves y serpientes, quedan parcialmente relegadas por personajes tridimensionales con máscaras y numerosos adornos corporales, además de refinadas diademas recargadas de serpientes o murciélagos colgantes, que confieren un carácter de divinidad antropozoomorfa antes no representado.



Cerámica temprana,
(Pieza del Museo del Oro).

Los aspectos culturales anteriormente mencionados inducen a plantear que se operó una transformación hacia la jerarquización social, al pasar de una sociedad tribal a una de rangos o cacicazgo⁽⁹⁾. Esta etapa es decisiva para la comprensión de los procesos de complejización cultural que siguieron y que posteriormente se manifiestan materialmente con la fundación de grandes centros urbanos. Es muy probable que este tránsito hacia el urbanismo marchara paralelamente con un notable crecimiento demográfico y con un aumento en el intercambio de productos, al igual que de las redes de caminos enlosados que, al comunicar los diversos sitios, contribuía a la integración regional. Esta etapa de integración, que situamos entre los siglos VI y IX, dentro del periodo temprano, se constata principalmente en la desaparición gradual de la presencia de cerámica intrusa de los complejos culturales vecinos. Claro está que ello ocurría al final de los complejos cerámicos Malambo, en el bajo Magdalena; de Mina de Oro y de las fases La Loma y El Horno, del Ranchería. Al final de esta época ya se están consolidando los rasgos y técnicas de la llamada

(9) Cf. hipótesis de Warwick Bray sobre la formación de los cacicazgos en las llanuras del Caribe, en "Across the Darien Gap: A colombian view of Isthmian Archaeology", en F. W. Lange y D. E. Stone (compiladores), *The Archaeology of lower Central America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984, págs. 305-338.

(10) El tipo habano se encuentra restringido a la vertiente occidental y al alto Buritaca.

(11) La Sierra Nevada de Santa Marta tiene como característica que se levanta desde la orilla del mar hasta los 5.775 metros de altura en sólo 48 kilómetros de distancia horizontal.

(12) En Panamá, infraestructura megalítica se conoce en la región de Chiriquí, y en Costa Rica se encuentra el asentamiento de Guayabo de Turrialba, sorprendente por sus similitudes en cuanto a implantación del sitio.

“cerámica tairona” del litoral, caracterizada por los tipos rojo y negro sobre rojo ⁽¹⁰⁾. La diversidad en las formas de atributos cerámicos (bordes, bases, decoraciones) se reducen, en clara tendencia a la estandarización, con lo cual se presenta una aparente involución. Una explicación a este fenómeno es que la cerámica pasa a ser una actividad especializada en centros dedicados a su producción; por ejemplo, el asentamiento de Bonda era, hasta hace pocos años, conocido como centro alfarero. Cierto es que, desde los comienzos del período temprano, la Sierra Nevada de Santa Marta, por sus características ecológicas particulares, posibilitó que se diera la especialización de aldeas agrícolas, pesqueras o de otros bienes de uso y de consumo en un sentido horizontal y vertical, dada la favorable diversidad climática en cortas distancias ⁽¹¹⁾.

Período clásico

El aumento demográfico y el efecto integracionista, que generaron las primeras redes de intercambio y el gradual surgimiento de centros regionales encargados de la redistribución de productos, contribuyeron a la complejización cultural, aunque no descartamos factores exógenos que motivaron este proceso, como el comercio de bienes suntuarios o de prestigio con Panamá y Costa Rica, donde se estaban gestando hechos muy similares ⁽¹²⁾. El mayor grado de complejización lo alcanzó la zona de la Sierra Nevada a finales del primer milenio de nuestra era, con el surgimiento de grandes centros urbanos, como



Terraza y basamento de vivienda en Pueblito.



Vista aérea, terraza principal de Ciudad Perdida (Buritaca — 200).



Colgante Antropomorfo
Técnica: Cera perdida
Ubicación temporal: siglos X al XVI
Peso: 11.35 gramos.



Placa repujada
Ubicación temporal: siglos III al IX
Peso: 25.05 gramos.

(13) Ver L. Herrera de Turbay, *Agricultura aborigen y cambios de vegetación en la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, 1985.

(14) Un excelente estudio sobre urbanismo en Ciudad Perdida es el de Margarita Serje, "Organización urbana en Ciudad Perdida", en Cuadernos de Arquitectura, Bogotá, Escala, núm. 9, noviembre de 1984.

Pueblito o Ciudad Perdida. Esta última fue el resultado de una expansión territorial hacia valles estrechos de fuertes pendientes, como el Alto Buritaca. Es probable que solo para esa época se contara con una organización sociopolítica que permitiera que esas tierras erosionables y poco aptas para la agricultura se incorporaran al sistema económico, mediante la aplicación de técnicas como el terraceo y otros métodos para el control de las aguas. Por ejemplo, en Ciudad Perdida, los análisis de polen confirman que la zona era boscosa, y que aproximadamente a partir del 1000 ± 70 d. C. el indígena empezó a talar y seleccionar el bosque. Además sembró maíz e inició la construcción de terrazas para sus viviendas (13). Otro aspecto característico de este período es el relacionado con la insinuada jerarquización de los asentamientos del período temprano, los cuales toman una nueva dimensión: por primera vez hay una clara sectorización en el interior de los asentamientos; ya no se trata de la diferencia entre zona ceremonial y vivienda, sino entre conglomerados de viviendas. Por ejemplo, en Ciudad Perdida se observan marcadas desemejanzas entre sectores, en relación con el trabajo invertido y el grado de elaboración de las terrazas (14). El aumento en el tamaño de los asentamientos varió de acuerdo con la función económica y la especialización o tipo de actividad desempeñada. Es probable que este esquema se reproduzca de manera igual entre los sectores de un asentamiento como Ciudad Perdida. Para el período temprano, durante la primera fase o estado tribal (siglos II-V), se conoce un solo tipo de asentamiento, consistente en aldeas sin ningún tipo de infraestructura megalítica, salvo algunos

montículos. Para la segunda fase (siglos VI-IX), correspondiente, como dijimos, al comienzo de una sociedad de rangos, se identifican dos tipos de asentamientos: las aldeas sin ninguna clase de trabajo “arquitectónico” y las instaladas a manera de centro de una región con infraestructura megalítica. En el período clásico se distinguen por lo menos cuatro tipos de asentamientos como son: sitios de habitación temporal, sin ningún vestigio megalítico, tal vez campamentos ocasionales de pesca o de obtención de sal. Aldeas que en algunas ocasiones presentan infraestructura megalítica en el sector central. El tercer tipo son los centros secundarios de regular tamaño que presentan un sector central cívico ceremonial con estructuras megalíticas (no se observan sectorizaciones entre las terrazas de vivienda). El último tipo de asentamiento lo constituyen los centros primarios regionales, de los cuales se conocen dos, que son Pueblito y Ciudad Perdida. Estos se caracterizan por constar de una zona central de carácter cívico ceremonial y más de ciento cincuenta terrazas de vivienda agrupadas en sectores. Dada su situación estratégica, es probable que la función de esos asentamientos fuera la distribución y el intercambio de productos dentro de la región, de manera análoga a los bien estudiados casos de Mesoamérica durante el formativo ⁽¹⁵⁾.

Los diferentes asentamientos estaban organizados políticamente en regiones gobernadas por un cacique principal, caciques secundarios, naomas (sacerdotes) o caciques de “barrio” —como las crónicas los denominan en alguna ocasión—. La autonomía política es clara: al

(15) Cf. K. Flannery, “Evolution of complex settlement systems”, en *The Early Mesoamerican Village*, editado por K. Flannery, Academic Press, 1976, págs. 162-173.

Escalera del sector,
eje central
de Ciudad Perdida.



Terrazas sector del cacique, Ciudad Perdida.



llegar los españoles, en algunas regiones se les recibía bien y se establecían alianzas con ellos, mientras que en otras se les enfrentaba⁽¹⁶⁾. Este particularismo regional, que se detecta en las cartas y crónicas, ha dado pie para que la etnohistoria considere esas unidades regionales como “federación de aldeas”, “estado incipiente” o “ciudades-Estados”, si bien hoy día se acepta más el concepto ambiguo de “cacicazgo”. Desde el punto de vista arqueológico, se ha observado un fenómeno particular, que tal vez refleje el carácter regional de esas unidades políticas y económicas. Es el caso del Alto Buritaca, en donde se ha determinado un cambio en las relaciones de los asentamientos de esta zona con los del curso medio y bajo del valle del río Buritaca a partir del 1300 d. C. Desde entonces Ciudad Perdida deja de depender del litoral y empieza a interactuar culturalmente con los grupos del occidente de la Sierra. Esto se observa en la cultura material, que acentúan sus diferencias con la del litoral. Por ejemplo, la cerámica habana, propia del occidente de la Sierra, desplaza a la clase negro/rojo, típica del litoral; las diferencias llegan a tal grado, que artefactos corrientes en el litoral no se encuentran en el Alto Buritaca, y viceversa. Igualmente ocurre con las variaciones en el patrón arquitectónico y funerario, aunque se trata de la misma “macrocultura”; variaciones que nos indican cierta regionalización y homogenización relativa, con fronteras que se contraen o expanden en el tiempo y, claro está, con lógicas variaciones en el ámbito interno, por efecto de la especialización local⁽¹⁷⁾.

El final del período clásico se da con los primeros desembarcos de los españoles (1501-1502), que traen consigo enfermedades hasta entonces desconocidas, como el sarampión, la viruela y algunas afecciones respiratorias, cuyas repercusiones se hacen sentir al empezar a diezmar rápidamente a la población indígena.

Período de conquista

Con la fundación de Santa Marta (1525), se regularizan las incursiones contra el territorio indígena, en busca de oro y esclavos para ser enviados a las encomiendas de las Antillas. Sin embargo, el aparente éxito logrado y el dominio que ejercieron en un comienzo, pronto se vieron truncados ante la resistencia de algunas regiones o “provincias”. A pesar de ello, continuaron las incursiones a las tierras serranas, donde, una vez saqueadas, las poblaciones eran incendiadas. Como bien anota el etnohistoriador Henning Bischof, “la dominación político-militar española sobre el área de la cultura tairona fue muy limitada durante el siglo XVI, tanto en el sentido espacial como en el temporal; las razones principales fueron el terreno muy accidentado, que no permitía el empleo de la caballería, y la falta de hombres para compensar esta desventaja, originada a su vez por la dificultad de conquistar el territorio indígena y por el botín relativamente reducido que esperaba a los conquistadores, una vez pasadas las primeras expediciones”⁽¹⁸⁾. El control español prácticamente se limitó a las tierras bajas de la sierra, por lo menos del siglo XVI al XVIII. Esto trajo como consecuencia que se quebrara el sistema económico, por-

(16) Un buen ejemplo es la “Carta e relación del Gobernador García de Lerma al obispo de Santo Domingo”, fechada en 1530, en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, t. XLI, Madrid, 1884, págs. 293-314.

(17) A. Oyuela Caycedo. La ponencia citada se centra en la variación regional.

(18) Véase H. Bischof, “Indígenas y españoles en la Sierra Nevada de Santa Marta. Siglo XVI”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXIV, Bogotá, 1982-1983, págs. 75-124.

(19) E. Restrepo Tirado, art. cit., pág. 860, y sobre el último levantamiento y ajusticiamiento de caciques e indígenas (1606) véase "Cómo se pacificaba a los indios", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, V: XXIV, núm. 278, Bogotá, 1937, págs. 739-743.

viamente existente, de intercambio y redistribución de productos altitudinales. La misma especialización de las poblaciones y regiones facilitó en cierta forma la quiebra, al no poder suplirse con productos de las tierras bajas, como sal, pescado, moluscos, mantas de algodón y otros. El estado de guerra contribuyó a la crisis del comercio, la cual seguramente repercutió en la función misma de algunos poblados. A esto se agrega la destrucción de aldeas, el decrecimiento de la población —principalmente por pestes como la viruela, muertes en combate o por ajusticiamiento— y la pérdida de líderes ⁽¹⁹⁾. Las aldeas eran abandonadas, al igual que los caminos. Rápidamente la vegetación



Finca Kogui: la construcción de la izquierda es para el almacenamiento de productos agrícolas y sitio de alojamiento de los huéspedes. La del centro es la vivienda masculina y la derecha es vivienda femenina y cocina.



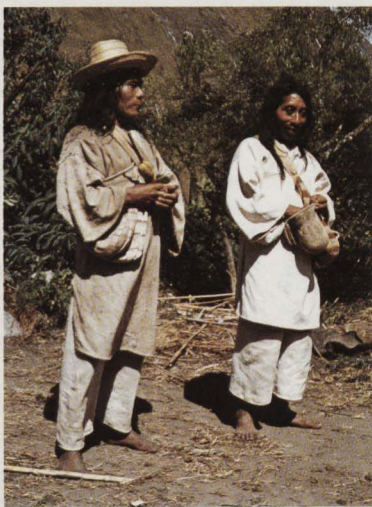
Pueblo de Taminaka, río Palomino.



Sitio de adivinación o ritual en las afueras del pueblo de Taminaka (río Palomino).



La vasija en forma de sueco se usa para cocinar guandú (variedad de frijol); la olla contiene plátano cocinado y el plato mantata (plátano seco y cocinado); el plátano fue introducido a la llegada de los españoles.



Indígena Kogui de Takina e indígena de San Antonio.

cubrió las antes transitadas rutas de comercio. Los indígenas sobrevivientes entraron a formar parte de las encomiendas cercanas a Santa Marta, y algunos lograron replegarse a las partes altas de la Sierra, aislándose de todo contacto con el invasor español. Estos últimos empezaron a crear un orden cultural acorde con las nuevas circunstancias de vida.

Hacia un renacimiento cultural...

El siglo XVIII marca el comienzo de una nueva cultura, que se gesta a partir del reagrupamiento de indígenas provenientes de diversas regiones y cacicazgos. Aislados del conquistador, crearon una estructura social, política y económica, seleccionando las tradiciones adaptables a las nuevas condiciones imperantes. Este estado de sincretismo cultural de gentes provenientes de diversos cacicazgos, enfrentó problemas al romperse reglas de parentesco y otras estructuras sociales. No es posible medir cuál pudo ser el efecto de la desintegración cultural vivida durante el siglo XVI, pero se notan cambios fuertes, como el paso de una vida sedentaria al seminomadismo que ahora existe entre los coguis.

El indígena continuó aprovechando la verticalidad climática, ya no desde el nivel del mar sino a partir de los 1.000 m.s.n.m. hasta los páramos, rotando con la familia sus diversas fincas, a fin de lograr una producción que les permitiera sobrevivir en suelos poco aptos para la agricultura sin aplicar ningún tipo de tecnología agrícola compleja. El patrón de asentamiento cambió igualmente; se fundaron nuevos pueblos que probablemente permanecieron vacíos, como hoy día, dado que son sitios de reunión para celebrar algunas fiestas o actividades en grupo. (Probablemente, muchos de estos pueblos fueron producto de las actividades eclesiásticas durante el siglo XVIII, puesto que la mayoría mantienen nombres de santos patronos católicos). Los templos ceremoniales importantes se relocalizaron en las cabeceras de los ríos, para protegerlos del saqueo y evitar que los sacerdotes católicos destruyesen los elementos rituales ⁽²⁰⁾

En cuanto al particularismo regional, éste continuó igual hasta el presente. Cada valle siguió siendo independiente en sus decisiones, con una estructura administrativa propia; lo mismo ocurre con la jerarquía de los mamás, siendo ésta de carácter regional. En los últimos años el Estado ha tratado de imponer un gobernador indígena como autoridad máxima de los coguis, pero éste no es reconocido en ninguno de los valles. La religión como institución ha sido, al parecer, la menos afectada, puesto que ha conservado numerosas tradiciones, algunas de las cuales cumplen una función tan importante hoy día como en el pasado, y ha sido uno de los aspectos que más han contribuido a reforzar la identidad étnica. Al examinar sucesivas descripciones, desde el siglo XVIII hasta el presente, vemos que han sido escasos los cambios en los coguis, pese a la presión que han ejercido la Iglesia Católica y la colonización durante los últimos dos siglos ⁽²¹⁾. Esto se debe a los fuertes mecanismos de control que ejerce la tradición religiosa de los mamás y que ha estado acorde con su

(20) Véase H. Bischof, "Una colección etnográfica de la Sierra Nevada de Santa Marta. Siglo XVII", en *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti*, Roma, Génova, vol. II, 1972, págs. 390-398; J. Nicolás de la Rosa, *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*, (1778), Bogotá, Biblioteca Banco Popular, vol. 74, 1975.

(21) Sobre los procesos de cambio en los últimos tres siglos y el efecto del contacto cultural versa el excelente trabajo de G. Reichel-Dolmatoff "Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta", en Gerardo y Alicia Reichel Dolmatoff, *Estudios antropológicos*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Colcultura, 1977, págs. 75-184.

realidad cotidiana. Esta situación es el fruto del conocimiento acumulado durante siglos acerca del manejo del ambiente, de la agricultura, de la astronomía y de otros aspectos de la naturaleza particular de la Sierra Nevada.

El principio básico de la vida cogui es el conocimiento del pasado, de los mitos; el prestigio lo da el saber y no la acumulación de objetos materiales; toda la estructura religiosa cogui lucha por el ser pensante, lo cual señala una radical diferencia con nuestra cultura. Esos principios idealistas son los que les han permitido sobrevivir hasta el presente como etnia; de ahí el desprecio a la integración nacional, por el carácter materialista de ésta. Sin embargo, es imposible el aislamiento: el cambio cultural es una constante en la historia.

BIBLIOGRAFIA

Otras publicaciones para ampliar los temas mencionados son:

Autores varios, *Informes antropológicos: arqueología de la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, vol. 1, 1985.

Mason J., Alden, *Archaeology of Santa Marta, Colombia: The Tairona Culture* (part I, Report on field Work, 1931; part II, sec. 1, Objects of stone, shell, bone and metal, 1936; part. II, sec. 2, Object of pottery, 1939), Chicago, Field Museum of Natural History, Anthropological series, vol. 20, núm. 1-3, 1931, 1936, 1939.

Reichel-Dolmatoff, G., *Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua gobernación de Santa Marta*, Bogotá, Banco de la República, 1951.

"Colombia indígena. Período prehispánico", en *Manual de historia de Colombia*, t. I, págs. 33-118, Bogotá, Procultura, 1982.

Los Kogi, Bogotá, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, Procultura, 1985.